

Diario 8, entrada 1
Viernes, 27 de abril de 2012

Me rodeó la oscuridad, una total ausencia de luz que me dejó temblando por dentro. No. No era la oscuridad la que me hacía temblar. Era él. Podía sentirlo, aunque no podía verlo. Oh, sí, podía sentirlo. En cada poro de mi cuerpo, en cada una de mis terminaciones nerviosas, lo sentía. Me acechaba. Me reclamaba, a pesar de no haberme tocado todavía. Estaba completamente a su merced, desnuda y de rodillas, en el centro de una gruesa alfombra de lana. Tenía los muslos atados con fuerza a las pantorrillas y, a su vez, más ataduras me envolvían el pecho y me oprimían los brazos detrás de la espalda. Dolía de un modo agrisado, excitante, y, a pesar de sentirme expuesta y vulnerable, he llegado a entender que esas cosas me excitan de un modo que no creía posible. La verdad es que no tenía lógica que me diera miedo el lugar al que pudiera llevarme después y que, a la vez, temblara de excitación. Y tuve miedo, allí, arrodillada en la oscuridad. Miedo de lo poco que podía controlar las respuestas de mi propio cuerpo, de lo mucho que él me controlaba cuando yo era incapaz de hacerlo. De hasta qué punto necesitaba que me controlara. No reconozco, ahora, mientras escribo esto, esa parte de mí, pero cuando estoy con él me convierto en lo que él quiere que sea. Me convierto en su esclava sumisa, aunque he llegado a comprender que soy sólo una ficha dentro del tablero de su juego. No me ha prometido nada, salvo poseerme. Nunca me pertenecerá como yo le pertenezco. Nunca le controlaré como él me controla. Me ciño a sus reglas y nunca sé cuándo cambiarán, o qué

o quién formará parte del nuevo juego en el que se convierte cada uno de nuestros encuentros. Y anoche, cuando un foco se posó sobre mi cuerpo de repente, iluminándome sólo a mí; cuando él emergió de la oscuridad dando un paso y se plantó ante mí, fue la visión del hombre que estaba a su lado la que me sacudió entera. Son dos hombres; a uno de los dos lo desprecio, y él lo sabe, y, aun así, ha invitado a esta persona a compartirme con él. Quise protestar. Debía haber protestado. Pero allí, en esa habitación, yo no era Rebecca. Era sólo suya. A veces, bajo la luz del amanecer, cuando él no puede tocarme, cuando estamos separados, pienso que lo único que quiero es ser yo, volver a ser Rebecca. Aunque ya no sé bien quién es esa persona. Ya no estoy segura de saberlo. ¿Quién es Rebecca Mason?

1

Me estoy ahogando en un túnel de completa y absoluta oscuridad, provocado por el repentino corte de luz en el guardamuebles de alquiler donde he estado rebuscando con la esperanza de hallar alguna pista sobre el paradero de Rebecca. Es como si me encontrara en medio de una horrible película de terror, la clase de peli que odio ver, y de pronto me veo como la chica que toma todas las decisiones erróneas y termina ensangrentada y fiambre. Yo, Sara McMillan, soy una persona lógica, y me digo a mí misma que debo superar este miedo irracional. Esto no es más que otro apagón, uno de tantos ocurridos en San Francisco en los últimos meses, y sólo debería preocuparme por el ratón que corretea junto a mis pies.

Pero, con todo, ¿no es exactamente eso lo que suele pensar también la chica que muere en la peli de terror? *Sólo* es un apagón. Sólo es un ratón. He sido una tonta por venir aquí sola, así, de noche, y siempre hago lo posible por no hacer tonterías. Sabía por un encuentro anterior que el encargado de este sitio daba repelús, pero me dije que no debía preocuparme por él. Lo que ocurre es que estaba terriblemente desesperada por sentir que estaba haciendo algo por encontrar a Rebecca, y desesperada por dejar de darle vueltas al silencio de Chris desde nuestros mensajes de esta mañana, cuando le confesé que le echaba de menos. Temo que su marcha de la ciudad para acudir a un acto benéfico le haya servido para decidir que no me echa de menos. Después de todo, se había atrevido a revelarme sus secretos más oscuros la noche anterior y yo había hecho exactamente lo que él me dijo que haría, lo que yo había jurado que no haría: provocar que se marchara. «Corriendo», musito mentalmente, recordando las palabras que Chris había usado en más de una ocasión para predecir mi comportamiento.

Otro sonido, como un chasquido, invade el inquietante silencio y ya es oficial, estoy más frenética por esto que por el silencio de Chris. Mi mente se esfuerza por identificar qué es lo que suena, sin éxito. Oh, sí, desde luego, soy una completa estúpida por venir aquí sola. Y, aunque me gusta pensar que no suelo comportarme como estúpida, esta noche es la prueba de que cuando lo hago me luzco.

No me atrevo a moverme, menos aún a respirar, pero sigo oyendo el roce de unos pantalones, y sé que son los míos. Me mando a mí misma callar, pero no funciona. Tengo el pecho comprimido, y ahora me cuesta llenar los pulmones de aire. Necesito aire. Necesito aire de forma desesperada. Estoy hiperventilando, creo. Sí. Eso es. Recuerdo haber sentido esta misma sensación, como de estar fuera de mi propio cuerpo, cuando el médico salió de la habitación de mi madre en el hospital, hace cinco años, y me dijo que estaba muerta. Aunque soy muy consciente de lo que me está pasando, sigo con las malditas inspiraciones cortas que delatarán, seguro, mi posición exacta. No entiendo cómo puedo saber qué es lo que me ocurre y aun así no ser capaz de controlarlo.

Resulta que estoy de pie y no recuerdo haberme puesto en pie. Se me caen papeles de las manos que no recuerdo haber cogido. Hierve en mí una sensación de pánico que me implora que grite y corra. Tan verdadera y real es esta «reacción de lucha o huida» que doy un paso al frente, pero otro chasquido me deja petrificada en el sitio. Lanzo una mirada desesperada hacia la puerta, donde no veo más que oscuridad. Nada salvo este profundo, oscuro agujero que amenaza con devorarme. Otro chasquido: «Chas». ¿Qué se oye? También me llega el sonido de otra cosa —alguien que arrastra los pies, creo— y parece que se aproxima a la puerta. Me recorre la adrenalina, y no pienso de forma consciente, me limito a actuar.

Echo a correr y atravieso la habitación dirigiéndome hacia un lugar que creo libre de obstáculos. ¡La puerta, la puerta, la puerta! Necesito la puerta. ¿Dónde está la maldita puerta? Mis dedos no encuentran más que vacío y más vacío hasta que, por fin, choco contra el frío acero y me recorre una ola de alivio a la vez que cierro de un portazo. Coloco las dos palmas de las manos sobre la superficie de la puerta. ¿Y ahora qué?

¿Ahora qué?! Cierra con llave. Pero no puedo. Me asalta entonces la realidad de la situación; la puerta se cierra desde fuera y —oh, Dios— quienquiera que esté al otro lado podría dejarme encerrada. Pero... ¿y si la presencia que sentí en el pasillo ha logrado colarse dentro, antes de que cerrara?

Me giro de golpe ante este pensamiento espantoso y hago lo posible por fundirme con la puerta. Recuerdo que tengo el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y palpo dentro de él para buscarlo. No veo nada. Está claro que no puedo pensar con claridad. ¿Cómo es que no había reparado en el teléfono hasta ahora? Lo sostengo, pero se me escurre y cae al suelo. Desquiciada, me arrodillo y lo busco a tientas, aliviada cuando mi mano envuelve al fin el delgado plástico, pero todos mis esfuerzos por desbloquearlo son en vano.

Me incorporo a toda velocidad, temerosa de que me rajen en pedazos hasta morir mientras intento marcar —pero esta vez nada va a impedir que escape—. Puede que correr sea también una decisión estúpida, pero llegados a este punto no correr también parece rematadamente estúpido. Le doy un tirón a la puerta y me recibe más oscuridad, pero no me importa. Corro mientras rezo para no chocar con quienquiera que está aquí dentro, conmigo, o para no tropezar con mis propios pies en el agujero negro en que se ha convertido todo lo que me rodea. Sólo quiero salir. Salir. Salir. Salir. No puedo pensar en nada más. Es lo que me empuja en línea recta hacia la salida. Soy una explosión de miedo y adrenalina que ha disuelto la lógica que me dominaba hace unos momentos.

Mis ojos buscan la salida, la luz, pero la puerta exterior que antes estaba abierta ya no lo está, y me empotro contra ella con una inercia que me sacude los dientes. El ferruginoso sabor de la sangre aflora en los puntos de mi lengua donde clavo los dientes, pero no dejo que amedrente mi determinación por salir de aquí sana y salva. Busco el pomo de la puerta y suelto un suspiro de alivio cuando se abre.

Medio segundo después estoy ya fuera del edificio, la luz tenue de las farolas y el frío aire nocturno de San Francisco constituyen una dulce huida de la angustiada oscuridad mientras corro hacia el coche. Mis músculos se tensan y me arden porque temo que haya alguien detrás de

mí, pero no me atrevo a malgastar unos valiosos segundos para averiguar si estoy o no en lo cierto. La delicada piel de la palma de mi mano está dañada por culpa de mis llaves; me he clavado el metal por apretar tanto, y me esfuerzo por encontrar el mando del coche para desbloquear la puerta. El tiempo parece detenerse mientras lucho de nuevo contra el impulso de darme la vuelta y, en vez de hacerlo, tiro de la puerta para que se abra.

Segura de que alguien está a punto de agarrarme por detrás, me meto de un salto en el coche y cierro la puerta, refugiándome dentro. Aprieto el botón y bloqueo las puertas. Turbada, miro por la ventanilla y no veo a nadie, pero estoy segura de que en cualquier momento oiré cómo se rompe alguno de los cristales. Me tiemblan tanto las manos que me tengo que sujetar una con la otra para introducir la llave en el contacto. En cuanto entra, arranco el motor y acelero marcha atrás. Los neumáticos chirrían y tengo el corazón a punto de estallar. Meto la primera marcha y piso de golpe el freno, se me dobla el cuerpo hacia delante y choco con el volante. El sonido de mi fuerte respiración llena el silencio espeluznante del coche mientras fijo la mirada en la puerta abierta sin ver nada particularmente temible. Sólo ocurre que está... allí. Y yo estoy aquí y no parece haber nadie más.

No importa. Cuanto más tiempo paso aquí, más expuesta me siento, más vulnerable, como una presa. Piso el acelerador. Necesito salir de este aparcamiento y necesito hacerlo ahora.

Apenas he alcanzado la calle lateral que da a la autopista, las manos aferradas al volante, cuando caigo en la cuenta: he dejado el trastero sin cerrar. Lo he dejado abierto y me alejo a toda prisa. Pego un volantazo y me meto en una gasolinera junto al edificio. Me quedo en silencio, sentada sin hacer nada. Quizá pasa un minuto, o dos, o diez. No puedo estar segura. No soy capaz de formular pensamientos coherentes. Apoyo la cabeza en el volante e intento centrarme. El trastero. Los secretos de Rebecca, su vida. Su muerte. Levanto la vista de golpe. No. No está muerta. No está muerta... Y, pese a todo, algo en mi estómago me dice que dentro de ese trastero se esconde un secreto sobre ella que alguien no quiere que sea descubierto, ni por mí ni por ninguna otra persona.

—Tengo que regresar y cerrar el trastero con llave —me susurro. Podría llamar a la policía para que me acompañara. No me van a detener por tenerle miedo a la oscuridad. Puede que se rían, puede que se enfaden, pero esta vez voy a ser lista, voy a actuar sobre seguro.

Suena mi móvil en el asiento del copiloto y me sobresalto, no recuerdo haberlo dejado allí. Me llevo la mano al pecho.

—Santo cielo —murmuro, recriminándome—. Cálmate, Sara.

Miro el número: «Chris». Me quema el pecho de la emoción. Hay tanto entre nosotros sin resolver, tantas razones por las que no nos convenimos el uno al otro. Y aun así, a pesar de esto o quizá por esto mismo, nunca he necesitado oír la voz de alguien tanto como necesito oír la suya ahora.

—Sara —murmura cuando descuelgo, y mi nombre es un suave carraspeo de sedosa perfección masculina que me recorre por dentro, y que se acomoda en un profundo hueco de mi alma que sólo él parece poder llenar.

—Chris —contesto, y se me quiebra la voz al pronunciar su nombre porque, maldita sea, estoy a punto de llorar. ¿Cómo he pasado de vivir estos últimos años sin que me afecte lo que suceda a mi alrededor a todo lo contrario, en tan sólo unas semanas?—. Ojalá... ojalá estuvieras aquí.

—Estoy aquí, cariño —masculla, y creo oír, así lo espero, una pequeña punzada de su propia emoción agazapada entre sus palabras—. Estoy en la puerta de tu casa. Ábreme.

Parpadeo confundida.

—Pensaba que estabas en Los Ángeles por lo del acto benéfico.

—Lo estaba, y tengo que regresar en un avión mañana por la mañana, pero tenía que verte. Abre y déjame entrar.

Estoy anonadada. Llevo todo el día preocupada por su silencio. Temía que me hubiera cerrado la puerta, como hice yo anoche con él.

—¿Has vuelto a casa sólo para verme?

—Sí. Vine sólo para verte —contesta, y parece dudar—. ¿Es que vas a dejarme aquí fuera?

En mi interior entra de nuevo en erupción ese sentimiento que hago

todo lo posible por no sentir, y el ardor de mis ojos amenaza con convertirse en lágrimas. Vino a verme. Desde otra ciudad. Hasta tuvo que coger un avión. Vino, incluso después de cómo reaccioné a su confesión, anoche, en el club.

—No estoy en casa —susurro, y apenas se oye mi voz—. No estoy y quiero estar. ¿Puedes venir aquí, por favor?

—¿Dónde es aquí? —me pregunta, y su voz transmite la urgencia que yo siento.

—A unas cuantas manzanas. En una tienda Stop N Buy cerca del sitio que te conté, donde hay una empresa de guardamuebles. —No consigo pronunciar el nombre de Rebecca y no sé por qué.

—Voy ahora mismo.

Abro la boca para darle más indicaciones, pero la línea se corta.

2

Salto del coche en cuanto veo el Porsche de Chris entrar al aparcamiento. El escalofrío que me recorre al salir no tiene nada que ver con el frío aire que llega del océano cercano y mucho que ver, en cambio, con lo que ocurrió hace un rato en el trastero. Me abrigo con los brazos mientras observo su coche aproximarse a mi Ford Focus plateado, y el corazón me late fuerte en el pecho. De pronto me siento nerviosa e insegura, y odio esta parte de mí de la que no puedo huir. ¿Y si he malinterpretado su visita y está aquí para ponerle fin a lo que tenemos? ¿Y si mi reacción a su gran revelación, anoche en el club de Mark, ha terminado por convencerle de lo que ya me ha dicho varias veces, que yo no pertenezco a ese mundo, a su mundo?

El 911 se desliza con elegancia y aparca en la plaza contigua, y hago lo posible por no pensar que se trata del mismo coche que conduce mi padre. Mi padre es la última persona en la que debería estar pensando, pero me ronda por la cabeza desde hace unas semanas y no sé por qué. Estoy como desorientada, con la cabeza ahogada en preocupaciones, sacudida por los eventos de la noche y mi miedo a lo que ocurrirá con Chris.

Lo veo salir del coche, y la sola imagen de su figura, tan alta junto al Porsche, vuelve a acelerarme el pulso. Rodea el vehículo por detrás y así, con sus vaqueros negros, sus botas de motero, su chaqueta de cuero y su pelo largo y rubio, tiene un aspecto curtido y sexy y tan rudamente varonil... Su zancada emula mi propia urgencia, y me lanzo hacia él.

Los escasos pasos que nos separan parecen una eternidad hasta que, por fin, estoy entre sus brazos, envuelta en el cobijo de su abrazo, su potente cuerpo absorbiendo el mío. La batalla de anoche ha desaparecido como si nunca hubiera existido. Me fundo con sus facciones duras,

deslizo mis manos bajo su chaqueta de cuero e inhalo el aroma a sándalo y almizcle que es tan y tan maravillosamente Chris.

Con un movimiento grácil me lleva a un lateral del coche, donde la pared nos oculta de la vista de la gente que entra y sale de la tienda.

—Cuéntame, cariño —me ordena, mientras me estudia bajo el halo tenue, apenas perceptible, de lo que parecen las luces de posición del Porsche—. ¿Estás bien?

Mis ojos se encuentran con los suyos, y aunque nos envuelve la profunda neblina de las sombras, puedo sentir la conexión que nos une, el profundo alcance de sus sentimientos por mí. Chris tiene muchas capas y no voy a mentir diciendo que las comprendo todas, pero le importo y quiero que vea lo que ayer no conseguí mostrarle. Quiero entenderle porque lo quiero tal como es, a pesar de que hay cosas de él que me superan.

—Sí —susurro—, ahora que estás aquí, estoy bien.

Apenas he pronunciado las palabras cuando su boca cubre la mía y puedo sentir en mi lengua el sabor de su apremio, de su miedo, en el que reconozco el mío; miedo a que, después de nuestra visita al club de Mark, nunca volviéramos a estar aquí, así. Arqueo mi cuerpo hacia él, bebiéndome su pasión, consumida instantánea, voluntariamente por todo lo que él representa y por lo que podría ser para mí. La simiente de algo oscuro que se originó en el trastero, o quizás anoche en el club, intenta aflorar, algo que mi mente se niega a aceptar. Desesperada por escapar de aquello a lo que no quiero enfrentarme, hago lo que nunca me atrevo a hacer; me dejo llevar por el momento. Puedo sentir cómo me voy hundiendo en la pasión, perdida en manos del calor que enciende la parte inferior de mi vientre; el deseo que se extiende, etéreo y ardiente, entre mis muslos. No hay otra cosa que la lengua de Chris rozando la mía, su sabor, el olor de su cuerpo, la sensación de sus manos posesivas que me moldean contra su cuerpo. Necesito esto. Lo necesito a él.

Metó las manos debajo de su camiseta, asimilando la cálida sensación de piel tersa que recubre unos músculos duros, me aprieto contra él. Un sonido bronco de deseo retumba en su pecho y me deleito en su placer, en su deseo por mí, en la forma que tienen sus manos de bajar por

mi espalda, de recorrerme el culo, antes de atraerme hacia él con fuerza para apretarme contra su paquete. Le lamo la boca mientras siento su gruesa erección contra mi estómago, y algo estalla en mi interior. No me importa dónde estoy. No sé dónde estoy. Sólo quiero a Chris. No puedo dejar de tocarlo, de saborearlo. Estamos el uno encima del otro y estoy perdida. Y, con todo, no basta para mantener a raya la simiente oscura. Necesito algo... más. Necesito...

—Sara.

Jadeo cuando Chris separa su boca de la mía y mi nombre es una ráfaga de calor y deseo arrancada de su garganta. No tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado, tengo la espalda apoyada contra la pared y no recuerdo cómo he llegado hasta aquí, ni me importa. Intento besarlo de nuevo. Sus dedos se hunden en mi pelo e impiden que me acerque, su respiración está tan acelerada como la mía.

—Tenemos que parar antes de que consiga que nos detengan a los dos —exhala—. Y ahora no haría falta demasiado para que me arriesgara, sólo por poder estar dentro de ti.

«Sí. Por favor», imploro en mi interior. Chris dentro de mí, llenándose. Lo ansío más que la siguiente bocanada de aire. Alzo la vista y parpadeo, deslumbrada pero no confundida por lo que quiero, que es a él. Ahora. Aquí. Pero el ruido de un motor y la risa de un niño me aturden de pronto y me paralizan la columna. Me sobrevienen todos los acontecimientos de la última hora, que se apelotonan y forman un nudo en mi estómago. Me asquea que haya olvidado dónde estoy y la urgencia de tener que salvaguardar las cosas de Rebecca.

Paso la mano sobre la agradable calidez del pecho de Chris.

—He olvidado qué hora es —exclamo sin aliento. ¿Cómo puedo estar así, de pie junto a él, sin que apriete mis caderas contra las suyas, con un movimiento que promete la clase de dulce evasión que sé que puede darme? Intento rescatar pensamientos lúcidos de la niebla de la lujuria—. He olvidado cerrar el candado del trastero. Tengo que regresar antes de que cierren el edificio y no puedo. —*Quiero* contarle todo lo que ha ocurrido. Él es la única persona con la que puedo hablar de mis temores respecto a Rebecca, pero algo dentro de mí me dice que alucina-

rá y me hará demasiadas preguntas y no tengo tiempo. Tengo que llegar al trastero pronto—. ¿Puedes seguirme? Tengo que darme prisa. —No espero a que responda. Me deslizo por la pared para escapar e intento sortearle, sin éxito.

Apoya la mano en la pared, junto a mi cabeza, cerrándome el paso.

—¿Qué necesitas del trastero de Rebecca a estas horas de la noche? —pregunta, y su forma de colocar la mandíbula subraya ese gesto tozudo que empieza a resultarme familiar y, a pesar de su significado, una parte de mí se regocija porque comienzo a conocerlo.

Rozo con la mano su barba rubia de tres días, la responsable de la deliciosa irritación de mi mejilla.

—¿Puedo explicártelo por el camino, por favor, Chris? De verdad, no quiero que me cierren el edificio.

Su aguda mirada corta la oscuridad y, maldita sea, estaba en lo cierto con mi suposición. Es de acero, permanece inmóvil. No está dispuesto a dejarme escapar sin una explicación.

—¿Hay algo que no me hayas contado, Sara?

—Por si no te lo han dicho nunca, puedes ser muy controlador. Te lo diré por el camino.

—Dímelo ahora.

—Van a cerrar.

No se mueve. Bien. Claro que no. Chris siempre tiene el control. No siempre, dice una voz en mi cabeza, y me acuerdo de cuando me ofreció su camisa para que no me sintiera insegura por estar desnuda cuando él seguía vestido. Con gestos sutiles, pero importantes, comparte el poder conmigo.

—Pasé por aquí a ver si podía encontrar algo más que me indicara cómo contactar con Rebecca. —Mi intención es dejarlo ahí, pero me mira fijamente y mi tendencia al parloteo nervioso encuentra el semáforo en verde—. No me di cuenta de qué hora era y de pronto se cortó la luz y no se veía nada. Sentí que me ahogaba y no podía ver nada y me asusté. Escuché unos chasquidos muy raros y tuve la sensación de que no estaba sola.

—¿Qué quieres decir con que tuviste la sensación de que no estabas sola?

—Lo sé y punto, sé que no estaba sola. Había alguien más en el edificio. Sentí que me estaban persiguiendo. No sabía si esconderme o salir corriendo y no podía ver el maldito teléfono para marcar. Al final corrí y cuando llegué al coche conduje hasta aquí. Por eso dejé el trastero sin cerrar. Acababa de aparcar el coche cuando llamaste.

Me mira fijamente durante otro momento cargado de intensidad y después se separa de la pared impulsándose con el brazo, maldice en voz baja y reposa las manos en las caderas, bajo la chaqueta de cuero.

—Para empezar, ¿qué coño hacías tú en el trastero de noche, si puede saberse?

Me exalto, a la defensiva, sobre todo porque sé que no es lo más inteligente que he hecho. La estupidez propia no es una cosa fácil de digerir.

—No utilices ese lenguaje conmigo, Chris.

—No tomes decisiones que te pongan en peligro y no lo haré.

Se me está hinchando la vena.

—Sé cuidar de mí misma. Llevo años haciéndolo.

—¿Así es como definirías lo de esta noche? —pregunta, y su enfado se palpa en el ambiente, chisporrotea como el zumbido de la electricidad—. ¿Eso es cuidarse? Porque, si es así, me estás acojonando, Sara. Te dije que le encargaría a alguien investigar el paradero de Rebecca y eso significa que tú dejas el jodido asunto en paz.

Ya no es que esté a la defensiva; estoy cabreada. No necesito que otro hombre me diga que no sé cuidarme. Me tiro a la yugular.

—Ya hemos hablado de esto, Chris. Que me folles no te da derecho a decirme cómo vivir mi vida.

Mueve la mandíbula, y aunque las sombras ocultan el verde de sus ojos, estoy bastante segura de que deben de estar ardiendo de ira.

—¿Volvemos a estar con esas, Sara? ¿Que yo te estoy follando? ¿A eso nos condujo lo de anoche? ¿Es por eso que no podías quitarme las manos de encima en el aparcamiento? Porque si lo que quieres es que te folle, te follaré hasta que seas incapaz de recordar tu nombre y no puedas olvidar el mío.

Me sofoco porque sé hasta qué punto es capaz de cumplir lo que

dice. Pero sus palabras parecen dar a entender que no me encuentro en ese punto; no sabe que ya nunca olvidaré su nombre y, es más, que no quiero intentarlo. Abro la boca para verbalizar lo que pienso, pero no me da la oportunidad de hacerlo.

—Decídete ahora, Sara —exige—. Si estoy contigo más allá de unos cuantos polvos, desde luego que voy a hacer todo lo que pueda para protegerte y tú vas a tener que aceptarlo sin rechistar.

Mi estado de ánimo se invierte de inmediato con su ultimátum. Ya me encuentro en territorio de viejos fantasmas y de pronto puedo saborear el veneno del pasado en cada palabra que mascullo:

—¿Quieres protegerme o quieres controlarme?

Espero a que reaccione, a que intente aplastar mis palabras, a que exija lo que sea que él considere su derecho. Una parte de mí quiere que se imponga ante este desafío. Otra teme que lo haga. Pero, por lo menos, si lo hace sé cómo lidiar con ello.

Pero se trata de Chris, y él nunca reacciona como creo, tampoco ahora. Se limita a mirarme fijamente, su rostro indescifrable, su mandíbula fija en una posición que le endurece las facciones.

Pasan los segundos, largos y tensos, hasta que introduce su mano en la chaqueta y extrae las llaves del bolsillo interior.

—Vayamos a cerrar el maldito trastero.

Se gira y siento cómo se me encoge el estómago. No quiero discutir con él. Y, de todos modos, me doy cuenta de que no es con Chris con quien me enfrento. Me enfrento a mi pasado, y me niego a permitir que mis viejos fantasmas se interpongan entre nosotros.

Doy una zancada y me coloco entre el coche y él, la mano sobre el pecho. No me toca. Me mira desde arriba y no detecto en él ninguna emoción. A este Chris ya lo conozco; es el mismo Chris que vi en la bodega, cuando le entregaron algo que pertenecía a su padre, cuando selló herméticamente sus emociones, y no estoy dispuesta a dejar que lo haga ahora de nuevo. No conmigo. No por haber permitido que un maldito fantasma del pasado se interponga.

La emoción me araña el pecho y mi malhumor se disipa.

—Lo siento. —Respiro profundamente y voy en busca de su mirada.

Me aterroriza este hombre que, ni siquiera sin intentarlo, tiene más poder sobre mí del que haya tenido nadie antes, pero procuro recordar que el hecho de que viniera aquí, esta noche, ha sido su pipa de la paz, su acto de vulnerabilidad—. Necesitaba que estuvieras aquí y, no sé cómo, resulta que estás, y eso significa para mí más de lo que te puedas imaginar. No sé cómo he podido cagarla tanto, Chris. Por favor, no dejes que estropee esto también, como anoche.

Durante un instante se muestra tenso, no cede, me observa con una mirada que soy incapaz de leer, pero, de pronto, sus dedos, sus manos rodean mi cuello de esa forma que me es tan familiar y tira de mí hasta colocar mi boca a escasos centímetros de la suya.

—No estoy seguro de saber distinguir entre proteger y controlar. Es mejor que lo sepas.

Aparentemente, su advertencia es de macho alfa, pero sé que en ella hay algo más. No es de piedra y granito, por lo menos no lo es conmigo, y como tantas cosas de Chris, esto me dice mucho.

—Siempre y cuando tú sepas que te avisaré si te pasas un pelo.

Roza mis labios con los suyos, suaves pero en cierto modo posesivos.

—Tengo ganas de que lo hagas —me asegura, mostrándose lo menos dispuesto posible a reclamar mi parte del control. El suave tono áspero, seductoramente prometedor de su voz desciende como un escalofrío por mi espalda y crepita en cada terminación de mi cuerpo. Como me ocurre tantas veces con Chris, presiento que hay un significado oculto más allá de las palabras, que se revelará con el tiempo, y quiero entenderlo, y entenderle a él.

Se inclina hacia atrás, me mira fijamente, y algo cambia entre nosotros y crece. Algo que no sé nombrar, pero mi sexo se contrae y, sea lo que sea, lo codicio de una forma profunda, dolorosa. Algo que todavía tengo que descubrir sobre mí misma y que sé que Chris puede enseñarme. Y sé que a su lado estoy dispuesta a ir a lugares a los que no iría con nadie más. No. Es algo más profundo que la predisposición. Es una necesidad física.